

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



DON JORGE JUAN.

Don Jorge Juan y Santacilia nació en Nobelda á 5 de enero de 1713, donde se hallaban sus padres D. Bernardo Juan y Doña Violante Santacilia. Su primera educación fue esmerada, y cual correspondía á un caballero de su clase. Después de haber estudiado los primeros rudimentos de las ciencias, fue enviado á Malta de 12 años, donde recibió la cruz de aquella orden, y fue admitido en la lengua de Aragón; pero siendo su principal afición el estudio de las matemáticas y demás correspondiente á la marina, volvió á España el 1729, y entró en la compañía de guardias marinos de Cádiz, donde á muy poco tiempo se distinguió tanto en cuantos conocimientos tenían relación con ese ramo, que ya á los cuatro años de permanencia en el colegio fue elegido para una comisión importantísima, y de cuyo origen vamos á dar noticia.

Era creído vulgarmente que la figura de la tierra era esférica; pero en el siglo XVII muchas causas movieron á desconfiar de esa opinión, tales como las variaciones del péndulo advertidas por Mr. Richer y la nueva Teoría del Universo que presentó el célebre Newton. Aun concedida la figura de la tierra en forma de esferoide restaba aun otra disputa, que consistía en saber si estaba alargada hácia los Polos, ó por el contrario, si era mas ancha por el Ecuador, sobre cuyo punto estaban opuestos Mr. Cassini y los franceses, con Newton y los ingleses, y siendo de tanta importancia la decisión de estas cuestiones para las ciencias naturales y otros usos, la magestad cristianísima de Luis

XIV determinó que por la Academia real de las ciencias de París se eligiesen sujetos, que midiendo exactamente algunos grados terrestres, desvaneciesen la duda. Para esto fueron nombradas dos compañías de académicos. La 1.^a compuesta de Maupertuis, Clairaut, Oultier y Celsius, debía ir á Laponia á medir los grados bajo el mismo círculo Polar, y la 2.^a, que se componía de Goddin, Bouguer, la Condamine y otros varios fueron señalados para ir al reino de Quito, midiendo los grados sobre la línea del Ecuador, y como estas observaciones se habían de hacer en los reinos del Perú, el rey Luis XIV pidió y obtuvo de Felipe V. el apoyo y recursos necesarios para tan útil expedición, y no contento con eso el rey Católico quiso pasasen en compañía de los académicos franceses los dos sujetos mas hábiles del cuerpo de guardias Marinas para ejecutar las mismas observaciones y otros importantes encargos que se tuviera á bien confiárseles, y habiendo recaído este nombramiento en D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, con grado de tenientes de navío, salieron de Cádiz para Cartagena de Indias el 26 de mayo de 1735. Estuvieron en Portobelo, Panamá, Guayaquil y Quito, donde en varios años acabaron las medidas y observaciones, con los trabajos mas imponderables y con la diligencia y primor mas esquisito; siendo ambos, con especialidad D. Jorge, la admiración de los franceses, que nunca pudieron creer, hasta que se desengañaron, un mérito tan superior.

Concluidas todas las observaciones por el mes de mayo
24 de octubre de 1841.

de 1744, y después de haber pasado á Francia á consultar con algunos académicos, quienes le nombraron socio correspondiente de la real academia de las Ciencias, llegó á Madrid por el 1746, y tanto á él como á Ulloa les mandó el rey arreglasen é imprimasen las observaciones astronómicas que habian hecho, y juntamente la historia del viaje, todo lo cual se acabó de publicar el 1748 con este título: "Observaciones astronómicas y físicas, hechas de orden de S. M. en los reinos del Perú por D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, comendador de Ocaña en la de Santiago, de la real sociedad de Londres, y de las reales academias de las Ciencias de Stokolmo y Berlin, ambos gefes de escuadra de la real armada, de las cuales se deduce la figura y magnitud de la tierra, y se aplica á la navegacion, corregidas y emendadas por el autor. Madrid: imprenta Real, año de 1748."

Esta obra solo bastaba para immortalizar á D. Jorge por la curiosidad y fondo científico que arroja, tanto que ha merecido los mayores aplausos de todos los sabios. De esta obra se hizo segunda impresion en 1773, en la cual, además de haber añadido una breve noticia de su vida, escrita por su secretario D. Miguel Sanz, se imprimió tambien junto con ella otra obra del mismo D. Jorge Juan, titulada "Estado de la Astronomia en Europa, y juicio de los fundamentos sobre que erigieron los sistemas del mundo para que sirva de guia al método en que debe recibirlos la nacion sin riesgo de su opinion y religiosidad." El motivo de esta obra fue para su autor el deseo de confundir y desvanecer los estruendos que algunos tenían de admitir el sistema celeste de Copérnico, á pesar de haber sido adoptado por todas las naciones como el mas adecuado para la explicacion de todos los fenómenos y revoluciones celestes, sin que sirviesen de obstáculo los textos tantas veces citados de la Escritura, pues estas hablan en estilo clarísimo, y lejos de enseñar astronomía, sirvieron solo de hacerse entender del grosero é ignorante pueblo, mucho mas, como dice el mismo D. Jorge, cuando en su tiempo estaban arrepentidos los jueces de Galileo, y que el sistema copernicano era públicamente enseñado, y dado á la prensa en Italia.

El siguiente año 1749 trabajó de orden del rey otra obra titulada "Disertacion histórico-geográfica sobre el Meridiano de demarcacion entre los dominios de España y Portugal, y los parajes por donde pasa en la América Meridional conforme á los tratados y derechos de cada estado y á sus mas seguras y modernas observaciones" y en este trabajo no pueden menos de admirarse sus profundos conocimientos y tino matemático.

Acreditado ya D. Jorge Juan con tan útiles é interesantes obras fue mandado á Londres por S. M. á ciertas comisiones importantes, y con particularidad á que hiciese observaciones sobre los adelantos de los ingleses en la construccion de navios, y en el desempeño de estas comisiones se detuvo 18 meses, siendo encargado á su vuelta del arreglo de la construccion de navios y demas cosas de este género en la direccion de los arsenales, y correspondió tan ventajosamente al cometido, que bajo su cuidado se puso, que no solo dió á conocer con perfeccion los métodos de construccion usados hasta entouces; sino que inventó otra nueva construccion española, mejor aun que las conomidas hasta su tiempo.

Fué tambien D. Jorge Juan el que puso la academia de marina de Cádiz en el pie mas ventajoso, formando modelos de navios, y dirijiendo la fábrica del observatorio Astronómico, que, segun confesion de los mismos extranjeros, es de los mas perfectos y acabados que se conocen, acudiendo en seguida á otros trabajos importantes y comisiones del real servicio en que incesantemente estuvo ocupado toda su vida, sin que por eso dejase de ahorrar algun tiempo

para mostrar su celo, porque se difundiesen los conocimientos, formando él mismo en su casa una academia de ciencias, cuyos socios se reunian los jueves de cada semana, y se leian las memorias que se componian por algunos de ellos sobre cualquier ciencia ó arte. Segun Sempere, Don Jorge Juan escribió y leyó en ella 10 disertaciones sobre artilleria astronómica, navegacion y construccion, y demas ramas que abrazan las matemáticas.

El 1757 publicó en Cadix un compendio de la navegacion para el uso de los caballeros guardias marinas; pero la obra que mas crédito le ha dado y la que acredita la vasta instruccion de que estaba dotado este sabio español, es su famoso exámen marítimo, impreso en Madrid el 1771 en dos tomos en cuarto con este título: "Exámen marítimo teórico-práctico ó tratado de mecánica aplicado á la construccion y manejo de los navios y demas embarcaciones por Don Jorge Juan, comendador de Alcaga en la órden de S. Juan, gefe de escuadra &c."

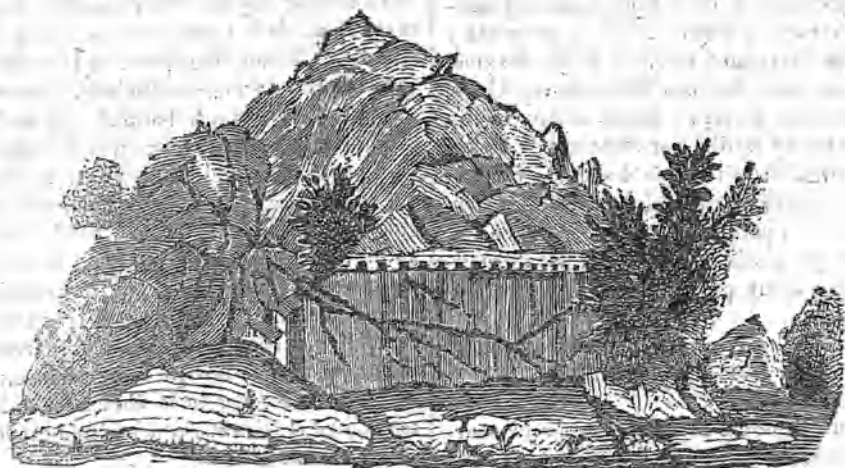
Segun el mismo Sempere, al anunciar esta obra los autores de las efemerides literarias de Roma, dijeron que era una de las mas sublimes de aquel siglo y de un autor que honraba á la España, haciendo que no se envidiase la estimacion adquirida en otras naciones por las ciencias sólidas y profundas. Efectivamente es esta una de las obras mas interesantes á la navegacion, que mereció al autor innumerables aplausos y el ser reputado por todos los sabios como uno de los mayores ornamentos del siglo. Como testimonios de la utilidad y originalidad de esta obra pueden verse los artículos de periódicos ingleses y franceses que hablan sobre ella y que cita el mismo Sempere, y con especialidad el del Conde de Stanhope firmado de su puño al remitir á D. Jorge el ejemplar que le regaló de su magnífica impresion de los elementos de Euclides.

En la coleccion de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV coordinada é ilustrada por D. Martín Fernandez Navarrete, se añade una noticia ó adición á lo ya enunciado que consiste en unas noticias secretas que D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa por encargo del gobierno español, dieron sobre el estado militar y político de los reinos del Perú y costas de Chile y nueva Granada, las que recaerian sin duda sobre los intentos, que por la época en que estos sabios verificaban sus observaciones, mostró el almirante inglés Anson de hostilizar las costas del Perú, pues para evitar sus incursiones, trabajaron aquellos de acuerdo con el virrey, en disponer la defensa de las plazas de la costa, y demas medios que creyeron oportunos. El mismo señor Navarrete añade que dichas noticias secretas se estaban imprimiendo en Londres por el 1825, y que su editor supo la existencia de esa obra ó informe, y la obtuvo durante su residencia en Madrid en los años de 1820 á 23.

Falleció este sabio marino en Madrid el 21 de Junio de 1773 á los 60 años y 6 meses, y se enterró en el monasterio y parroquia de S. Martín en el mauro de la capilla de nuestra señora de Valbuera al lado del evangelio, donde por los años de 1776 se colocó una lápida sepulcral con su retrato de perfil hecho de bajo relieve por D. Felipe de Castro con una inscripcion bastante larga, en que estaban recopiladas las principales acciones, títulos y bien merecidos honores de un español que tanto honor hizo á su patria; mas todo, juntamente con otros sepulcros y preciosidades artísticas, fue destruido cuando la iglesia en tiempo de la invasion francesa, y así totalmente se ignora donde descansan los restos que tan dignos eran de conservarse.

N. MAGAN.

LEYENDAS HISTORICAS.



LA PIEDRA DEL CID CAMPEADOR.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

Añade mas la tradicion vulgar: y es, que antes de darse la batalla, asentó el Cid sus reales, orillas del rio Cabra, por bajo de la torre y villa de Monterique ó Montarque, á cosa de un cuarto de legua de la actual poblacion, en un campo situado al nordoeste, al qual domina el elevado peñasco que apellidan, *Piedra del Cid Campeador*, cuyo diseño ofrecemos al público.

Que fundamento tenga esta voz bien se deduce de la antigüedad del nombre, de la exacta conformidad entre el sitio que describe el romance y la situacion topográfica de la peña, su forma y otras circunstancias: pues del lado que mira al pueblo se halla tajada perpendicularmente desde su base hasta su cima, descubriendo una superficie plana de cerca de treinta varas de anchura, y su color rojizo interrumpido por las huellas de la humedad que se notan en los intermedios de los quince agujeros practicados en la parte alta de esta superficie ó frente, revelan la antigua existencia de un campamento militar, la direccion que hubo de tener la techumbre y colocacion provisional del maderage que la sustentaba.

Es imposible al visitar este rudo monumento de nuestras glorias, reprimir un acceso de entusiasmo, y dejar de meditar en el hecho de que fue testigo, en el héroe que lo dispuso y llevó á cabo, y en la noble provincia que puede

disputar á Castilla y Valencia el haber sido teatro, no ménos que estas de las hazañas del inmortal Rui Diaz.

MANUEL DE LA CORTE.

PARISINA.

POEMA DE LORD BYRON.

Tal vez abusando de la confianza de la amistad, y contrariando la escesia modestia de su autor, no podemos resistir al deseo de ofrecer á nuestros lectores la presente traduccion en verso del bello poema escrito en inglés bajo el título de Parisina por el célebre LORD BYRON. Lo poco que son conocidas en nuestra España (aun entre los literatos) las obras de aquel gran genio de la poesia contemporánea, y nuestro deseo de que esta apreciable traduccion no quede ignorada sufriendo la suerte de otras muchas obras originales y traducciones hechas por nuestro amigo Don H. V., impelen á hacerla conocer del público, tanto mas cuanto que segun tenemos entendido ha sido y

impresa en Buenos Ayres sin conocimiento de su autor, cuyo nombre no revelamos por no estar autorizados para ello.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

El poema siguiente está fundado sobre una anécdota que Gibbon refiere en sus antigüedades de la casa de Brunswick. Bien conozco que la delicadeza y nimiedad de muchos lectores juzgará impropios de la poesía tales asuntos; pero los griegos, muchos poetas ingleses antiguos, y después Alfieri y Schiller en el continente han sido de diversa opinión. El extracto que pongo á continuación aclara los hechos que sirven de base á la composición, advirtiendo que he sustituido al nombre de Nicolás el de Azo como mas poético.

En el reinado de Nicolás III una tragedia doméstica manchó el palacio de Ferrara; por testimonio de un criado y su propia observacion, averiguó el marqués de Este los amores incestuosos de su esposa Parisina Malatesta con Hugo, su hijo bastardo, mancebo bizarro y galán: ambos fueron decapitados en el patio del castillo por sentencia de un esposo y un padre que publicó su propia deshonra, y sobrevivió á la ejecucion: si eran culpables fue bien desgraciado, si inocentes mucho mas, porque de todos modos no hay para mi situacion en que pueda aprobar sinceramente el último acto de la justicia de un padre.

Las crónicas refieren el suceso con curiosos pormenores como puede verse en el artículo siguiente:

Año fue este bien calamitoso para Ferrara porque ocurrió en el mismo palacio de su soberano un acontecimiento muy trágico. Nuestros anales tanto impresos como manuscritos, á escepcion de la indigesta y descuidada recopilacion de Sardi, ofrecen la siguiente relacion de él: sin embargo hay gentes que desechan muchos detalles, y sobre todo la narracion de Bandelli, que escribió un siglo despues, y no concuerda con los escritores contemporáneos.

De la mencionada Stella del Ascarino tuvo el Marqués en 1405 un hijo llamado Hugo, joven animoso y gallardo. Parisina Malatesta, segunda mujer de Nicolo, como la mayor parte de madrastras, le trataba ásperamente con sumo dolor del Marqués, que le queria como á las niñas de sus ojos: sucedió en esto que ella pidió permiso á su marido para hacer un viaje corto, á lo que el accedió con la condicion de que Hugo la acompañase, porque tenia siempre puestas sus miras en destruir por todos medios la obstinada aversion de Parisina á su entenado. Verificóse el viaje, y por desgracia logró su fin harto mas completamente que lo que queria, porque rehando de sí la madrastra el odio antiguo, cayó en el extremo opuesto; así es que á la vuelta no tuvo el Marqués necesidad de renovar sus reflexiones para desimpresionarla. En tal estado un criado del Marqués llamado Zoese, á quien otros autores dan el nombre de Giorgio, pasando un dia por delante de la habitacion de Parisina, vió salir de ella á una de las doncellas turbada y llorosa; preguntóla el motivo de su afliccion, y ella le contestó que su señora la habia maltratado por una pequeña falta, y dando en seguida rienda suelta á su enojo, añadió que estaba en su mano la venganza, pues no tenia mas que descubrir la familiaridad criminal de Parisina con su entenado. Observó el criado estas palabras, y dió cuenta de ellas á su señor, el cual admirado é incrédulo, exigió pruebas que obtuvo ¡ay dios! demasiado positivas, el 18 de mayo de 1425 registrando el cuarto de su esposa por un agujero abierto en la pared. Al momento estalló furiosamente su cólera, y mandó arrestar á los dos culpables y á Aldobrandino Rangoni

de Módena, escudero de la Marquesa, y tambien, segun dicen, á dos de sus doncellas, cómplices y fautoras del delito: hizo formar precipitadamente el proceso, manifestando á los jueces su deseo de que los reos fuesen juzgados y sentenciados en la forma ordinaria: fueronlo en efecto y á muerte.

No faltó quien intercediese por los delinquentes, y entre otros Ugoccion Contrario, amicísimo y valido de Nicolo, y su anciano y benemérito ministro Alberto del Sale: ambos con lágrimas y puestas de rodillas le pidieron piedad, alegando cuantas razones les sujerió su celo en favor de aquellos desgraciados, y los motivos de honra y decoro que debian hacerle ocultar al público un hecho tan escandaloso. Pero él se mantuvo inflexible, y dió orden para que inmediatamente se ejecutase la sentencia.

En las prisiones del castillo, en los mismos horribles calabozos que hoy dia se ven bajo del salon llamado La Aurora, al pie de la torre del Leon, y al principio de la calle Giovecca, fueron degollados en la noche del 21 de mayo, primero Hugo y despues Parisina. Zoese su acusador le dió el brazo para llevarla hasta el sitio de la ejecucion; creia ella que la iban á enterrar viva, y á cada instante preguntaba por el pozo, y si estaba ya en él, pero la respondieron que su suplicio sería la hacha; preguntó luego; qué era de Hugo; y contestándola que ya habia muerto, exclamó dando un amarguísimo suspiro: "pues entonces lampazo yo do-seo la vida"; y llegada al tajo, se arrancó con sus propias manos sus galas, y cubriéndose la cabeza con un lienzo, humilló el cuello al golpe fatal que terminó tan horrible escena. El mismo castigo sufrió Rangoni, que segun dos cuadernos existentes en la libreria de S. Francisco, fue enterrado en el cementerio del mismo convento: nada se sabe de las dos mujeres.

El marqués estuvo en vela toda aquella noche espantosa, paseándose velozmente en su cuarto de un extremo á otro, hasta que por último quedó inmóvil y preguntó al capitán del castillo que si estaba ya muerto Hugo, y contestándole aquel "Si Señor" prorrumpió en lágrimas y lamentos exclamando "Ah! ¡ojalá muriese yo tambien, pues tan arrebatadamente he procedido contra mi propio hijo, contra mi querido Hugo"; y apretando con los dientes un baston que tenia en la mano, pasó el resto de la noche gimiendo, suspirando, y llamando de rato en rato á su querido Hugo. Al otro dia recordó que era necesario publicar el hecho y justificarle, para lo cual mandó estender una relacion completa y autorizada que remitió á todas las cortes de Italia.

A su recibo, Francisco Foscari, dux de Venecia, dió orden, pero sin revelar la causa, de suspender los preparativos de un torneo que bajo los auspicios del marqués y á espensas de la ciudad de Pavia se iba á celebrar en la plaza de S. Marcos para solemnizar su elevacion á la silla ducal.

No contento entre tanto el Marqués con lo hecho, y por un refinamiento de crueldad difícil de explicar, mandó que cuantas mujeres casadas fuesen acusadas del crimen de infidelidad, como lo habia sido la suya, sufriesen la misma pena, y entre otras fue ejecutada Barbarina, ó como otros la llaman Laodamia Romei, esposa de uno de los jueces del tribunal, en el sitio acostumbrado, que era en el arrabal de S. Giacomo, enfrente de la fortaleza actual y un poco mas allá de S. Pablo: escusado será pintar la estrañeza que causó semejante conducta, y mas en un hombre que por todos sus antecedentes debía ser mirado como de carácter indulgente y dulce; sin embargo no faltó quien lo elogiara.

(Friszi. — Historia de Ferrara.)

PARISINA.

I.

Oyese del jardín en la espesura,
del pardo ruiseñor el dulce acento;
votos de amor, suspiros de ternura
murmura en su silbido el manso viento;
la débil brisa, el agua bulliciosa
dan música al oído;
brilla el rocío en la purpúrea rosa;
rasga la estrella el manto oscurecido
de la bóveda azul, y grata sombra
cubre el arroyo y la florida alfombra.
Sobre el sereno cielo
la noche esparce el velo;
tiñe el ambiente aquella
opaca claridad, tranquila y bella,
aquel albor dudoso y delicado
que envuelve el monte, el valle, y la laguna,
y cuando muere el día el mundo halaga,
mientras al rayo de la casta luna
la antorcha del crepúsculo se apaga.

II.

Mas no de la cascada cristalina
sale á gozar el eco PARISINA,
ni deja la hermosa
su estancia retirada y silenciosa,
y entre las sombras de la noche oscura
cruza la estrecha senda presurosa
por ver la luna y contemplar las flores;
presta el oído atento...
pero no al ruiseñor: otra armonía,
otro mas dulce acento,
ecos mas seductores,
su corazón espera:
leve murmullo en la floresta umbría
la parece escuchar; tiembla, se altera;
inquieta y afanosa
del amargo temor el hielo siente;
una voz misteriosa
resuena entre las hojas agitadas,
y torna á suspirar: ansiosamente
clava en el bosque espeso sus miradas;
van á verse -- un instante...
Pasó -- ya está á sus pies su tierno amante.

III.

¿Qué es á los dos el mundo? ¿qué el torrente
del tiempo volador? nada; la tierra,
los seres que se agitan bulliciosos
en el aire, en el mar y el verde suelo,
la bóveda del cielo,
nada son á sus ojos amorosos;
estáticos, absortos, nada miran
ni ven en derredor; ambos respiran,
ella solo por él, solo él por ella,
cual si la vasta redondez del mundo
desparecido hubiese,
y en silencio profundo
quedase la natura sepultada.
Tiernos suspiros de su voz quebrada,
ayes por el deleite interrumpidos,
son la débil señal de su existencia,
que mueren entre besos repetidos
y la pasión transforman en demencia;
¿Se acuerdan de su riesgo ó de su crimen
cuando abrazados gimen?
¿Quién hay que cuando alcanza venturoso

del amor la corona,
cobarde y temeroso
al espectro del miedo se abandona?
¿A quién en tal momento
el recuerdo estremece
de que es breve el placer, y desaparece
cual nube sacudida por el viento?

IV.

Con lánguido semblante
dejan el solitario y mudo asilo,
testigo de su amor; aquel instante
nada tiene de amargo;
pueden los dos del porvenir tranquilo
la imájen contemplar; y sin embargo
sienten la punta del dolor severo,
como si aquel *adiós* fuese el postrero.
Largo suspiro, abrazo prolongado,
labio que de otro labio no quisiera
separarse jamás: beso mezclado
con encendida lágrima, y miradas
llenas de amor y de arrebatado y vida,
vió aquella dolorosa despedida.
Mas luego Parisina miserable
clava sus negros ojos en el suelo,
cual si temiese de su ardor culpable
no poder alcanzar perdón del cielo,
y su mismo pecado la parece
que el brillo de los astros oscurece.
Largo suspiro, abrazo prolongado
los ata al sitio amado...
mas tienen que marchar: es; ay! forzado
abandonar del cenador umbroso
la callada mansion, y al separarse,
con torcedor afán y amarga pena
sienten el corazón sobresaltarse;
y en sus oídos suena
aquel de la conciencia mudo grito,
perpetuo compañero del delito.

V.

Y Hecio torna á su solo y triste lecho
á codiciar en él agena esposa,
mientras ella con pasos vacilantes,
camina á reclinarse el falso pecho
en los brazos amantes
de su vendido dueño,
que engañado en su amor duerme y reposa.
Y un indecible ardor turba su sueño.
Y vé á su amante entre la sombra oscura,
y dormida murmura
un nombre que su labio callaría
á la radiante luz del claro día:
y estrecha entre sus brazos á su esposo
por otro suspirando.
Él despierta gozoso,
y la está embebecido contemplando,
y goza en su error ciego
las caricias de fuego,
la ternura al adúltero guardada;
y casi vá á regar con dulce llanto
la frente de su esposa engañadora,
creyendo que le adora
del sueño envuelta en el oscuro manto.

VI.

Al seno estrecha la hieldad dormida,
y atento escucha aquella voz querida:
oye -- ¿porqué á zo tiembla y se estremece
cual si del mundo en el postrero día
la trompeta del ángel escuchara?
¡ah! bien puede temblar; la suerte ayara
en tan fatal acento,

una copa de tósigo le ofrece,
manantial de dolor y de tormento.
Si; menos crido al infeliz le fuera
ver delante de sí la muerte fiera,
y ser arrebatado,
y al trono del Eterno presentado.
Ah! bien puede temblar; aquel sonido
para siempre la paz ha desterrado
de su pecho aflijido:
aquella voz que suena pavorosa,
y dice un nombre en sueños, le revela
su ignominia, y el crimen de su esposa.
Y ¿qué nombre es aquel que así le espanta
en el silencio de la noche umbría,
cual ola bramadora
que despedaza el misero navío,
y en los escollos ásperos quebranta
el naufrago infeliz que el mar devora?—
Aquel rosado labio,
¿qué nombre ha proferido? el nombre de Hugo,
el de Hugo, sí; no hay duda;
oh! plugiese á los cielos se engañara!
mas la horrible verdad mira desnuda:
es el de Hugo, el del hijo á quien amara
como á su madre amor; del hijo triste
en mal hora nacido,
fruto del extravío y la licencia
de su verdor florido,
cuando engañó de Blanca la inocencia;
de Blanca, que burlada creyó en vano
vivir con él, y recibir su mano.

VII.

Con torvos ojos y ceñuda frente
un puñal estrecho resplandeciente....
mas tornóle á soltar; que mal pudiera,
aunque es indigna de vivir, matarla;
y mas cuando dormida,
vé en sus labios sonrisa placentera
que le recuerda su ilusión perdida.
No quiso despertarla,
y solo la arrojó mirada fiera,
tal que quien viese entonces su semblante,
dentro del corazón correr sintiera
el frío de la muerte penetrante.

La lámpara que alumbraba débilmente
aquel recinto oscuro y sosegado,
hiere las gotas de sudor helado
que cubren de Azo la sombría frente:
ella no habló ya mas; hondo silencio
guardó; pero del sueño en el reposo
se vé por vagas sombras perseguida,
en tanto que en la mente de su esposo
contadas son las horas de su vida.

VIII.

Y vino la mañana, y azorado
buscó y halló en la carte
la dolorosa prueba
de su infelicidad; vé declarado
el crimen de su pérdida consorte;
mira del deshonor la mancha horrible;
no vé, do quiera el pensamiento lleva,
ni una idea serena y apacible;
las tímidas doncellas, confidentes
del escondido amor por largos dias,
con labios balbucientes,
descubren el secreto que guardaran
del miedo entre las fieras agonias;
todo ¡ay Dios! lo declaran:
la vergüenza, el delito, la amargura
de la pena que aguarda á la culpada,
cuanto en torno se dice
pesa sobre la adúltera infelice.

Ya no hay mas que indagar; la turba débil
descubre sin demora
de la ignorada cúa el sitio y hora;
y Azo siente en el alma atormentada
furor, oprobio y desconsuelo unidos;
la copa del dolor está colmada
para su corazón y sus oídos.

IX.

Ni quiere arrebatado de su encono
dilatarse la venganza; el mismo día
en el salón magnífico de estado
ocupa el regio trono,
do donde al virtuoso y al malvado
el premio y el castigo repartía.
Los nobles y las guardias le rodean,
y ante él los dos culpables,
suspensos, humillados, miserables,
la muerte aguardan, y morir desean.
Jóvenes ambos son; ella ¡qué hermosa!
mientras él, despojado de su espada
y una mano á otra atada,
mueve á piedad la corte numerosa.
¡Gran Dios! qué vista aquella! ver á aun hijo
delante de su padre en tal estado!
mas lo quiere el destino en su terrible
decreto irresistible,
y Hugo se vé forzado
á estar de su señor en la presencia,
y contemplar su rostro demudado;
y escuchar de su muerte la sentencia:
mas en silencio sepulcral sumido,
insensible se muestra y no abatido.

X.

Y pálida también y silenciosa
espera el duro fallo Parisina,
cuan diferente ¡ay Dios! de cuando hermosa
cual perla peregrina,
el palacio magnífico adornaba,
y cercada de próceres altivos
el fausto y la opulencia disfrutaba!
¡cuando la comitiva seductora
de mil apuestas damas procuraba
las gracias imitar de su señora!
Si entonces su semblante
se hubiese visto en lágrimas bañado
¡cuánto puñal y espada centellante
se hubiera desnudado
para dar con presteza
venganza al llanto, apoyo á la belleza!
ora ¿qué es la infeliz? ¿puede mandarlos?
¿qué mira en derredor? ¿quién se atreviera
á obedecer su voz? con faz severa,
con ojos inclinados
y con rostro de hielo y ceño crudo,
dó está el desprecio de piedad desnudo,
la corte la contempla:
vé allí pajes, y damas y señores,
y al mortal entre tantos escogido,
que gozó su ternura y sus amores,
en quien solo ella manda;
su idolatrado amante,
que si se viera libre un solo instante
daría libertad á su querida,
ó perdiera la vida:
el encanto y delicia de la esposa
de su padre engañado.
Y él, mezquino, entretanto está á su lado,
ceñido de cadena poderosa,
los pies con graves grillos oprimidos
sin mirar la beldad que tanto le ama,
cuyos ojos se ven enrojecidos
del llanto que derrama,

no por el crudo afán que la debora,
sino por el mortal á quien adora.
Sus párpados hermosos,
que la cerúlea vena ornára un día,
convitando á los besos amorosos,
cuando en la tez nevada
su delicado azul sobresalía,
son mas horrible peso
que escudo de los ojos, donde mora
amor con flecha y tea abrasadora,
y que turbins se ven y oscurecidos
con abundosas lágrimas henchidos.

XI.

Y él sin duda por ella lloraría
sino por los que atentos le miraban,
mas ocultó su afán, si lo sentía,
y cuantos le cercaban
vieron su frente impávida y serena
callar la angustia, y disfrazar la pena:
pudo, es cierto, sufrir; mas nadie pudo
ver la huella en su faz del dolor crudo,
aunque sintió la amarga remembranza
del tiempo ya pasado,
su crimen y su amor, su triste estado,
de un padre y de un esposo la venganza,
la acusacion de la virtud severa,
y su muerte presente y venidera.

Con tan amarga idea
ni una vez la miró rápidamente;
que si en ella los ojos enclavára,
enciérrale el dolor, y con ferviente
tanto, su pecho misero regára.

XII.

Y Azo dijo con ceño:

•Ayer afortunado
•gozábame en un hijo y una esposa;
•mas hoy la luz del alba ha disipado
•con triste claridad tan dulce sueño;
•y antes que el rojo sol su faz hermosa
•esconda en el oraso,
•nadie habrá que mi cólera desarme;
•sin esposa y sin hijo he de quedarme.
•Solitaria, infeliz será mi vida,
•mas ¿puedo evitar? ¡ah! no; cualquiera,
•injuriado cual yo, lo mismo hiciera,
•¡lavar con sangre del honor la herida!
•Rotos estan los lazos
•que un tiempo nos unieron; no mis brazos
•los han despedazado.... pero basta....
•ya derramando saludable espanto,
•de la justicia ha resonado el grito;
•Hugo, te espera el cenobita santo,
•y luego el galardón de tu delito;
•vete, dirige tu oración al cielo:
•antes que acabe el día
•vas á sufrir el golpe de la muerte;
•busca en él tu perdón y tu consuelo,
•pues solo su piedad puede absolverte;
•mas en la tierra, no; no en ella esperes
•encontrar compasión; blanco á mis iras,
•es vano pensamiento; que ni por un momento
•respire el aire yo que tú respiras:
•después de tu traición fea y horrible,
•que vivamos los dos es imposible.
•No te veré morir; no en mi castigo
•llegaré á ser testigo
•del último suplicio á que te lleva
•ese amor miserable, en que demento
•tu corazón se ceba:
•tu, si, ¡fragil-belleza!
•verás rodar su misera cabeza.
•Vete, débil mujer! ¡mujer traidora!

•tu le mataas, no yo; yete; y ahora
•mira correr su sangre:
•si á espectáculo tal endurecida
•sobrevivir pudieres,
•gózate con la vida
•que llevo á la mas vil de las mujeres.»

XIII.

Cesó, y la frente de sudor bañada
hacia el pecho inclinó con agonía;
que la sangre abrasada
por las hinchadas venas rebosando,
parece que rasgársela quería;
y quedó largo rato meditando,
como si de su dicha contemplára
las últimas reliquias y despojos,
y la trémula mano
agitaba delante de los ojos,
cual si apartar quisiera
un velo que la luz le oscureciera.

Hugo entretanto, alzando lentamente
sus manos, con cadenas apretadas,
y elevando en el cielo tristemente
sus lánguidas miradas,
pidió breves instantes
para manifestar sus sentimientos;
¿quién este don postrero le negára?
Se alzó entonces su voz, sonora y clara,
y soltó de su labio estos acentos,
á que con rostro grave y abatido
prestó su fiero padre atento oído.

(Se concluirá en el número próximo.)

LA CAPILLA DE GUILLELMO TELL.

HAY lugares en el mundo que aunque insignificantes en sí mismos han llegado á adquirir celebridad, y esta celebridad solo la deben á los hechos grandiosos que en ellos acaecieron. Así es como á veces suele el viajero recorrer con interés una esteril llanura, que sirvió de teatro á una memorable batalla; ó visitar los desiertos donde existieron magnificas ciudades, de las que no ha quedado ya vestigio; ó se detiene á contemplar en medio de los inmensos mares el lugar en que perecieron los navegadores mas atrevidos. Estos lugares se engrandecen con toda la importancia de los recuerdos, y la imaginacion transportándose á épocas remotas, vé en medio de su entusiasmo el movimiento de los ejércitos, la suntuosidad de los edificios, y la terrible ajitacion de los barcos abatidos por la tormenta. El profundo silencio que reina en estos lugares, que tan desiertos han quedado, contrasta con los desórdenes ó bullicio de que fueron testigos, y esa oposicion de los recuerdos de lo pasado con el espectáculo de lo presente, deja al viajero sumergido en meditaciones que participan á la vez de placer y de amargura.

Pero no todos esos lugares son célebres en tan alto título; no en todos ha habido batallas perdidas, ciudades devastadas, ni flotas sumerjidas; sucede á veces que esa celebridad solo la deben á un hecho, á un recuerdo, á la presencia de un hombre de alta reputacion, ó á la aparicion de un meteoro. Pocos viajeros dejan de visitar con interés la casa de campo donde Voltaire pasó los últimos años de su vida; los parisienses corren presurosos á ver *L'Hermitage* porque J. J. Rousseau residió en ella; y en una de las calles de Madrid se vé una inscripcion que llama la atencion del pa-

sagero mostrándole la casa donde murió Cervantes; es decir otra casa en el solar de aquella, porque la antigua desapareció hace algunos años.

Cada país ha tenido sus grandes hombres, sus recuerdos y sus lugares de peregrinación; pero por desgracia en su mayor parte solo han tenido por resultado ó acreditar errores, ó propagar mentiras; porque las tradiciones populares no son las mas á propósito para buscar en ellas las huellas de la verdad. Estas reflexiones no carecen de oportunidad, y lo decimos muy á pesar nuestro, cuando se trata de *Guillermo Tell*, uno de aquellos valientes que osaron medir sus fuerzas con las del coloso de la potencia austriaca, y que supieron reconquistar la independencia de su país.

Bien sabida es la historia de aquel héroe de la libertad; apenas habrá un niño de diez años que no sepa que Gessler, feroz representante del emperador Alberto, había hecho colocar su sombrero en la plaza pública, y obligaba á cuantos por allí pasaban á saludar aquel emblema de la autoridad ducal; nadie ignora la resistencia de Guillermo Tell, su noble osadía en mantener erguida la cabeza, y la orden bárbara dada por Gessler de cubrirle de cadenas: y aquí empieza lo maravilloso. El delegado de Alberto condena á Guillermo á derribar una manzana de sobre la cabeza de su hijo, y el hábil arquero dirigió tan bien su flecha, que la manzana es arrebatada sin que el niño sienta otra cosa que un ligero movimiento en el aire.

No hay sin duda alguna en la historia situación mas dramática que la de aquel desgraciado padre, cuya vista y mano deben estar cértteras mientras que el corazón se halla agitado por tan terribles angustias. Desgraciadamente los autores contemporáneos callan sobre un hecho tan importante, y los historiadores que les sucedieron le han consi-

derado como fabuloso, lo que ha hecho clamar anatema contra ellos á toda la Suiza indignada. Muy poco importa sin embargo á la gloria de la Suiza el que Guillermo Tell atravesase ó no la manzana colocada sobre la cabeza de su hijo: lo que la interesa sí, es el haber recobrado su libertad, y contar al héroe de que hablamos entre sus mas intrépidos defensores.

Pero hay un hecho que nadie ha puesto en duda, y es el referente al lago que representa el grabado, en el que se vé una capilla dedicada á conservar su recuerdo. Guillermo Tell estaba preso en poder de Gessler; este último, temiendo que los revolucionarios no intentasen un golpe de mano para salvar á tan temible gefe, resolvió trasladarle al fuerte de Kusnacht. Esta captura era tan importante á sus ojos, que no quiso fiar á nadie el cuidado de vigilar á su prisionero, y le hizo embarcar consigo mismo; pero apenas el barco había llegado á la altura de Grulli, cuando los vientos impetuosos elevaron una tormenta horrorosa. Los remeros desanimados ya, exclamaron que solo Tell podía salvarlos de tan inminente riesgo, y Gessler se vió precisado á hacer desatar á su prisionero, y confiarle la barra del timon. Guillermo Tell manióbró con tan feliz destreza, que á pesar de la tempestad logró acercarse á un sitio en que se adelantaba una roca en figura de plataforma: aprovechó un momento favorable, saltó con fuerza, y desapareció entre las rocas.

La admiración de los suizos para Guillermo Tell los hizo elevar una capilla en aquel lugar, que es tambien conocido por el *Salto de Tell*, y todos los años concurren á ella numerosos peregrinos á celebrar la independencia de su país, y cantar la gloria de uno de sus principales libertadores.

